

NIEVE EN AGOSTO

UN AMOR MÁS ALLÁ DEL TIEMPO.



SILVIA RIVERA POLANCO

NIEVE EN AGOSTO

Silvia Rivera Polanco

Aún si fue en la oscuridad, sólo tú tuviste el valor para guiarme entre las tinieblas.

PRÓLOGO

El cálido sol del verano se colaba con delicadeza sobre los frondosos y añejos árboles que le rodeaban al caminar, produciendo tenues resplandores que aumentaban la belleza de aquel mágico lugar. Su indiferente mirar se dirigió a los diminutos y rosados capullos de cerezo que sutilmente decoraban a esos vigilantes silenciosos, los mismos que protegían las historias y secretos de todas las personas que al igual que él, visitaban con el pasar de los años sus grandes territorios. Se encaminó solo unos metros más, lo suficiente para vislumbrar en la distancia al enorme árbol que imponente se coronaba ante todos como el más esplendido del parque, o al menos para él, lo era. Sonrió con la arrogancia que lo caracterizaba. Ese era su sitio secreto. Su lugar, el de ella y el suyo. Sin esperar más suspendió su mano en el aire, llegando a tocar a los suaves pétalos que con gracia danzaban en el ambiente, expresándole al resto del mundo lo libres e independientes que eran. Oprimió su mano con fuerza en un vano intento por no dejarlos ir, por retenerlos consigo, pero fue imposible, de una u otra manera ellos terminaban yéndose al firmamento, a esa inigualable libertad a la que pertenecían.

—Tan semejantes a ti —pronunció con un dejo de gracia y amargura ante alguien que en definitivo, no estaba a su lado. Repitiendo lo que su cerebro cuestionaba, permitió que los trazos de su imaginación crearan y plasmaran vívidamente la silueta de una pequeña niña, la misma que había conocido en ese mismo sitio hace muchos años atrás un caluroso día de agosto, uniéndose ambos por una promesa. Un pacto que habían jurado cumplir ante la cómplice vista de aquellos tersos copos de nieve teñidos de

rosa.

CAPÍTULO I

Contrajo con fuerza sus parpados una vez más intentando encontrar el descanso que deseaba tener en ese preciso momento pero era inútil. Bufó molesto, no solo había tenido que refugiarse de ese sequito de chicas huecas y descerebradas que se habían autoproclamado sus fans, y las cuales no hacían nada más provechoso y productivo con sus vidas que seguirlo una y otra vez como si eso fuese a cambiar en lo más mínimo la poca importancia que les dirigía a ellas. Giró los ojos enfurecidos por tal sandez, y si eso no fuera suficiente, el calor que rondaba los alrededores era desagradable y casi enfermizo, logrando que cualquier esfuerzo por calmar su mal humor fuera una completa pérdida de tiempo. Resopló con notorio fastidio por segunda ocasión retirando las traslucidas gotas de sudor que resbalaban por un costado de su rostro, notando a lo lejos como una pequeña sombra se aproximaba a pasos lentos y algo torpes hasta el enorme árbol de cerezos que hasta ese momento le había servido de escondite. Se movió con lentitud sobre la firme rama que lo sostenía hasta estar seguro de que no le vería, sin embargo, todos sus intentos parecieron inútiles, su joven seguidora había decidido tomar asiento sobre una raíz saliente, justo debajo de él. ¡Perfecto!, una de ellas no solo ya lo había localizado, sino que también pensaba hacer guardia hasta que decidiera por voluntad propia bajar. Una lista interminable de maldiciones salieron silenciosas de sus labios, ahora sí, no le quedaba la menor duda al respecto. Su día definitivamente se había ido al mismísimo demonio. Diez, veinte, treinta minutos y esa chica aún continuaba en la misma posición. Solo permanecía quieta mientras que la cálida brisa veraniega golpeaba su rostro elevando con gracia sus cabellos, cansado de esperar algún movimiento

sorpresa de su parte, decidió descender y enfrentar de una vez la situación. Con agilidad tocó tierra firme y a paso cauteloso se aproximó a la que aún inmóvil, aguardaba sentada bajo la copa del gran árbol de *sakuras*.

—Duerme —se dijo con cierta extrañeza al verla en un profundo estado de sueño. Paso a paso se acercó hasta ella, rompiendo más y más la distancia que inconscientemente traspasaba su propio espacio personal. Arqueó una de sus cejas al notar que esa pequeña era más joven de lo que había imaginado, tal vez unos cinco o quizás hasta ocho años menor que él. Llevaba un largo vestido color negro que conseguía resaltar de forma impresionante el tono marfileño de su piel, algo que le pareció extraño para alguien de su edad y estando el clima a grados tan elevados. Dirigió su atención hacia el brillante crucifijo que reposaba sobre su pecho. Era hermoso, tenía un marco de plata cubierto por otra parte más diminuta compuesto por diamantes, era como ver dos partes unidas en una sola. Una forma poco común, estando dispuesto a tocarlo si no fuese porque vio ese golpe en colores escabrosos que palpable se extendía por una de las blancas y tersas mejillas de esa desconocida.

—¡Elisa!

Escuchó decir por los alrededores.

—¡Hermana!, ¡¿estás aquí?!

Aquella voz lo puso en alerta, era cuestión de unos cuantos metros para que la localizaran.

—¿Isabela?

Alcanzó a oír a una distancia que para su disgusto estaba cerca. Demasiado cerca. Giró su rostro en la dirección de dónde provenía esa dulce y adormilada voz, encontrándose con un par de ojos cobrizos que le observaban. Tragó con pesadez al reparar en los pocos centímetros que separaban sus rostros y que en un principio había pasado a segundo plano. Se maldijo internamente por sentir aquel peculiar cosquilleo de nerviosismo

recorrerle por entero, incomodándole el hecho de saber que era por esa pequeña niña por quien lo sentía. Algo patético si recordaba que era ya un hombre de casi dieciocho años de edad.

—Demonios —apretó la quijada y de un solo paso se alejó de la castaña que aún confundida parpadeaba una y otra vez intentando salir del mundo de los sueños. La vio ponerse de pie usando el grueso tronco como soporte, cuando el llamado de aquella otra voz se volvía a esparcir por el parque, ahora mucho más cerca de ellos.

Elisa avanzó unos cuantos pasos pero se detuvo justo al estar frente a esa otra niña de mirada parda y cabellos rojizos, quien furiosa le debatía sin parar sobre la lesión que marcaba su delicada cara.

—¡Dime, quién te lastimó! —soltó Isabela, enfadada cuando viera a Elisa sonreírle con ternura mientras tomaba con cariño su mejilla. Tragó saliva con dureza y de mal modo retiró la mano de su hermana para así poder contenerse. Contrajo sus ojos debido al escozor de las lágrimas que aún contra su voluntad surgían y le era difícil detener. Impotente apretó sus puños y mordió su labio inferior en un intento por retener los enormes deseos que tenía de llorar. Ella no podía hacerlo, su llanto solo incrementaría el dolor de su querida hermana.

—Deja de llorar por cosas sin sentido y mejor vámonos, Isabela —le recriminó Elisa, entre risas forzadas que luchaban por controlar el torbellino que arrasaba con todo en su interior. Subió su mano y cubrió instintivamente el golpe que había recibido para que su hermana dejara de verlo.

—¡Yo no estaba llorando! —alegó la menor ahora más calmada, limpiando con disimulo los surcos transparentes que se dibujaron en su cara —. Si no salieras sola, nada de esto sucedería —recalcó insistente tomándola de la mano, guiándola en dirección a la salida.

Solo cuando estuvo seguro de que ambas se habían marchado, pudo

salir de su escondite detrás de ese enorme árbol de cerezos. Dio media vuelta decidido de igual forma a irse, aún así, una rara inquietud por mirar hacia atrás se apoderó de él. Miró con recelo el espacio vacío en el que esa niña había estado durmiendo, divisando como poco a poco el sitio era cubierto por los suaves pétalos de *sakura* que caían. Elevó una de sus manos, no tardando demasiado tiempo en tocarlos. Una leve sonrisa surcó por sus labios en el momento en que un presentimiento poco usual latió dentro de su ser. Esa niña regresaría el día de mañana y por ilógico que sonara, él estaría esperándola.

El sol del mediodía brillaba con intensidad sobre un cielo plenamente despejado mientras que los pajarillos concentrados en sus labores diarias, trabajaban alegrando con su canto a los visitantes. El aire era agradable, llenando el parque con el aroma de las flores de cerezo que dejaban a su paso una dulce sensación de calidez. Su andar era lento y despreocupado, haciéndoles saber a todo el que le miraba, el poco interés que sentía por la belleza de ese mágico lugar y siendo sinceros, a todo en realidad. Avanzó unos metros más hasta que pudo vislumbrar la copa de ese gran árbol de *sakuras*, rompiendo los pocos pasos que le restaban con una ansiedad poco vista.

—Viniste —manifestó con presunción al instante en que admiraba el cuerpo femenino que al igual que el día anterior, reposaba sobre el tronco del árbol, ignorante del continuo y persistente escudriño del chico. Deseaba acercarse, sin embargo, las acciones de esa extraña pequeña frenaron todas sus intenciones mucho antes de siquiera pensarlas. Su rostro se retrajo en una evidente muestra de dolor. Ella sufría, sus manos incrustadas casi como garras en el verde césped, deseaban de alguna manera encontrar la fuerza que requería para soportar algo que aún desconocía. Los minutos transcurrieron hasta que pareció acostumbrarse al sentir que la embargaba. Deslizó sus frágiles manos a través de los contornos de su lúgubre vestido, recorriéndolo

con pausa hasta dejar al descubierto parte de sus blancas piernas y de lo que a los ojos de todos ocultaba. Intentó flexionar su pierna derecha pero era algo imposible, su rodilla estaba tan lastimada que incluso el ponerse de pie resultaba siendo algo titánico.

—No puedo más —liberó sin energía bajando de nueva cuenta su negro vestido. Pretendió ponerse de pie, aún así, ambas piernas se doblaron entre sí haciéndola caer con dureza al suelo. La vio abrir algo desconcertada aquel par de orbes mientras tocaba la corteza del cerezo y lo usaba para impulsarse y poder sostenerse, pero desafortunadamente el resultado fue el mismo.

Nunca se había inmiscuido en asuntos que no le concernían, era algo que detestaba y fue por esa misma razón que no logró comprender a tiempo por qué sus miembros habían decidido por voluntad propia ponerse en dirección hacia donde yacía aquel diminuto cuerpo herido. Se aproximó hasta ella, lo necesario para que a sus oídos llegaran los leves sollozos de la infante. Levantó su mano en la trayectoria en donde se hallaba la castaña aún sentada en espera de que esta la tomara y se pusiera en pie, no obstante, esa niña había decidido hacer lo que nunca antes alguien había hecho tratándose de él. Despreciarlo. Así es, esa chica se había negado a coger su mano, logrando que una poderosa corriente de furia, humillación y rabia se entremezclaran con peligro dentro de su interior. Bajó con disgusto la mano que aún en el aire nunca fue tomada, vigilando a detalle a la pequeña que sabiéndolo presente intentaba con desesperación levantarse y marcharse de ese lugar.

Caminó torpemente gracias a las raíces salientes que con frecuencia se topaban en su andar, estando a punto de caer en el segundo en que pasaba justo al lado de ese alguien que le miraba con la ira marcada en ese par de penetrantes ojos color negro.

—¿Quién eres? —preguntó nerviosa al estar a espaldas del adolescente,

sin recibir una respuesta—. No necesito de tu lástima... —le oyó decir con tal seguridad que incluso su cuerpo se giró en automático para mirarla. Liberó un suspiro desalentador y con obvia congoja prosiguió— ...He aprendido a hacerlo sola —terminó de decir y sin más, retomo el sendero de árboles que ocultaron su silueta de su vista.

Una imperceptible sonrisa surco sus labios al recordar el día en que habló con ella por primera vez, percibiendo aún a estas alturas, el mar de sensaciones que lo embargaron cuando descubrió la verdad detrás de sus palabras melancólicas y ocultas en dolor. Esa mañana lluviosa entendió el por qué de su recelo en defenderse, por qué su cuerpo estaba herido con tanta frecuencia, y por qué a partir de ese día deseó nunca más alejarse de ella.

Las gotas de lluvia caían una a una sobre su cabeza mientras caminaba sin premura pese a estar retrasado para el instituto. Llevó una mano a sus húmedos cabellos despreocupadamente, al menos tenía el atajo del parque, eso le daría algo más de tiempo antes de llegar y ser recibido por los fastidiosos sermones de su profesor en turno, quien a estas alturas estaría maquinando la forma de *encarcelarlo* por el resto del día. Avanzó hasta estar en la parte más interna del parque, una zona descuidada, abandonada y sombría. Los rayos de luz que débilmente conseguían traspasar las murallas de árboles y naturaleza muerta lo hacían lucir deshabitado o al menos eso era lo que pensaba, hasta que las voces de varias personas discutiendo fueron captadas aún con sus auriculares puestos. Se adentró hasta poder ver a tres siluetas, todas vestidas con el uniforme correspondiente a su mismo instituto,

con excepción de la cuarta de ellas, que era acorralada y arrojada con violencia al fango que por la lluvia se había formado. Esas risas estridentes y frívolas que tanto odiaba se dejaron escuchar en cuanto esa chica que habían lanzado intentaba ponerse de pie con la ayuda de su bastón, el cual había soltado al caer con rigidez a la tierra mojada. Las burlas y los hirientes comentarios bañados en sarcasmo se hicieron más fuertes al verla intentar buscar su medio de apoyo, siendo arrojado lo más lejos posible de ella en el momento en que sus temblorosas manos estuvieron a punto de tocarlo.

—¿¡Por qué hacen esto!?! —gritó sumergida en el llanto una vez consiguiera erguirse. Caminó con dificultad entre el suelo resbaladizo, pretendiendo tocar con sus manos en el aire a esas chicas que desalmadamente se aprovechaban de su persona, aún así, una de ellas la golpeó con tal firmeza que sus piernas por inercia se hicieron para adelante haciéndola caer—. Por favor —su voz cansada de luchar se apagaba como una débil y tenue flama expuesta al imponente viento, sin embargo, la sonrisa marcada en los labios de todas ellas le indicaban que no la dejarían ir—. Se los suplico —rogó mientras escondía vanamente su rostro entre la suciedad del fango y porquería. Sus lágrimas cálidas y cristalinas marcaban su dominio sobre sus mejillas sonrojadas, siendo su última frase el detonante que activó el sentimiento que nunca imaginó lograría siquiera existir en un ser como él—. Por favor, ya no puedo más —alcanzó a decir antes de quedar inconsciente bajo la lluvia.

Salió de ese montón de ramas secas que le permitieron observar a detalle, comprendiendo la situación que rodeaba a esa niña de ojos tan brillantes como la luna. Era ahora cuando entendía los reclamos de su protectora hermana al prohibirle salir sin compañía, los golpes que en las pocas veces que la había visto cubrían de forma infalible su cuerpo como si no hiciera absolutamente nada para defenderse, así como también, la razón

del por qué aquel día había rechazado su ayuda respondiéndole con aquellas atormentadas palabras.

—*No necesito de tu lástima, he aprendido a hacerlo sola.*

—Es ciega —pronunció con turbación sin creer aún en sus propias conjeturas. Arrojó la mochila hacía algún punto perdido y se puso en marcha. El resplandor de sus pupilas adquirió una intensidad aterradora, bastando su mera presencia para hacer que ese trio de sádicas chicas retrocedieran ante su simple respirar. Tomó a Elisa con toda la delicadeza que podía tener, y de un solo movimiento la colocó sobre su espalda aún en estado de inconsciencia. Solo pudo dar un par de pasos cuando una de ellas le detuvo al bloquear su camino. Era alta, pelirroja y con una mentalidad retrasada por lo que dejaban ver sus acciones. La reconocía, era una de las huecas tipas que se hacían llamar sus fans. Su mirada tan gélida la hizo estremecer cuando se posó de lleno en ella, deseando por un tentador minuto destruirla.

—Axel, ¿¡por qué proteges a esta perdedora!? —rugió furiosa, apretando sus puños con indignación al ver al chico de sus sueños ayudando a su juguete de tortura.

—Mi paciencia es corta, así que presta atención porque no lo repetiré dos veces —sujetó el antebrazo de esa pelirroja, susurrando con crudeza lo que deseaba hicieran a partir de ese segundo—. ¡Aléjense de ella! —finiquitó clara y directamente, liberándola de la fuerza de su agarre, ocasionando que por el impulso, el cuerpo de la pelirroja fuera despedido hacia el lodo y restos de escombros, siendo auxiliada por las otras chicas que en un tris le eludieron al presentir la oscura aura que lo rodeaba.

Los tenues y débiles rayos de sol empezaban a hacerse presentes tras los grises algodones de tormenta, provocando que los frondosos árboles de cerezos destellaran tras el rocío naciente de sus hojas. Se detuvo por un instante, permitiéndose sentir el suave respirar de la pasajera que transportaba

acuestas. Una especie de sonrisa surcó por sus labios al recordar que esa era la primera vez que se tomaba la molestia en tomar a una mujer de la manera en la que lo hacía. La miró de reojo al reparar en esa palabra que tratándose de Elisa, desencajaba en todos los sentidos.

—Es verdad... —apreció sus cabellos con destellos chocolate, su curiosa cara que a pesar de la suciedad que la cubría indudablemente era suave y tersa. Detalló con ahínco ese color rosado con que eran teñidas sus mejillas e inclusive la peculiar forma que sus labios hacían al chocar contra el espacio vacío de su cuello y hombro izquierdo, causando que esa sutil sonrisa desapareciera tan rápido como había surgido. Elevó su vista hacía el bello firmamento fundido entre explosivas tonalidades de naranja y violeta, impulsando con discreción el frágil cuerpo de la infante aún más próximo al suyo— ...Eres solo una niña —le dijo como si estuviera escuchándole, retomando de ese modo el trayecto que marcaban sus firmes pasos.

El delicado rose de los pétalos de cerezos cayendo sobre sus mejillas fue suficiente para sacarla del mundo de los sueños en donde había caído presa. Su cabeza punzaba y sus músculos agarrotados la entumecían debido a la posición en la que había estado durmiendo por tanto tiempo. MoviÓ con preocupación sus manos por todo el contorno que la rodeaba, topándose con las raíces del árbol de *sakuras* que la resguardaba. Respiró más tranquila, al menos por ahora estaba en un lugar que conocía, entendiendo a través de su tacto que se encontraba en el sitio que más apreciaba en todo el parque. Una fragancia llegó hasta ella en el segundo que inhaló aire, una demasiado próxima y que claramente recordaba, incitando a todos sus demás sentidos a ponerse en alerta.

—Por fin despiertas —escuchó decir con un tono de voz que logró erizarle los vellos de la nuca.

—Eres tú, ¿cierto? —se aventuró a preguntar después de algunos

minutos de silencio—. Eres la misma persona que estaba conmigo el otro día —afirmó convencida, sintiendo como ese chico que desconocía le miraba de una forma tan fija y continua que a pesar de estar atrapada en su mundo de tinieblas era capaz de percibir. Por supervivencia se vio en la necesidad de retroceder, adhiriéndose de lleno con el tronco al verse finalizado su camino de escape.

—Olvidaste decir que también fui quien cargó contigo hasta esta zona —le dio a conocer con cierto reproche, intentando desaparecer el temor que lucía en sus pupilas. Una minúscula curvatura hizo acto de presencia en los confines de su boca al ver con diversión como la pequeña castaña mantenía su rostro sumergido en la más llana de las vergüenzas, denotando su estado de perturbación con el indudable color carmín que con la inocencia digna de su edad coloreaba sus pómulos—. Eres más pesada de lo que aparentas, ¿lo sabías? —mintió juguetonamente, deleitándose con los resultados. Su débil sonrisa tomo mayor plenitud al ver su cara fulgurar como un faro con luz propia, alcanzando a oír un lejano, —*Lo siento y estoy agradecida* — por parte de la infante, que aún ahogada por la pena movía inquieta sus manos uniéndolas una y otra vez entre ellas. Ninguno de los dos optó por decir algo más después de eso, hasta que pasados unos minutos, Axel decidió tomar la palabra—. ¿Sólo esas chicas te han herido? —demandó saber con una atribución con la cual no contaba, aún así, un fluir vertiginoso le exigía indagar más a fondo los acontecimientos que marcaban a esa niña. Las imágenes de ella yaciendo en medio de la suciedad, mientras se veía obligada a soportar maltratos y múltiples lesiones sin importar las miles de veces que suplicaba se detuvieran, regresaron impetuosos a su mente al verla callar, haciéndole pensar que aún existían muchas más personas que se aprovechaban de su condición—. ¡Responde! —su voz salió con una fuerza e impulso mayor del que requería, haciendo saltar en su puesto a Elisa, que sin

demora movió su cabeza en forma afirmativa—. ¿Duelen? —preguntó sin más.

—¿Co-cómo? —consultó con titubeo a la reacción que Axel tendría al no haber comprendido su interrogante, y en efecto, un quejido de impaciencia salió poniéndole los nerviosos desbordados.

—Me refiero a tus heridas... —le dijo forzadamente comenzando a ponerse incomodo con el tema sin razón aparente, despertando el desconcierto de Elisa.

—Las heridas del cuerpo sanan y con el tiempo dejan de doler, sin embargo... —guió su mano derecha hasta su cuello, acariciando con delicadeza el crucifijo que descansaba sobre su pecho.

Contempló el pesar que escapaba tras la máscara sonriente que exponía, manteniéndola firme, segura e impecable pese a las lágrimas que escurridizamente brotaban.

—Sin embargo, existen heridas que no sanan y duelen permanentemente —finalizó Axel, quien en un fugaz segundo ya se encontraba frente a frente con aquella mirada que sin tener luz, era capaz de aflorar más vida y emociones que la suya. Una a una, fue retirando las huellas de su discreto llanto, percibiendo en cada suave roce, el calor que desprendía su jovial piel. Una estimulante corriente de electricidad cosquilleó en la punta de sus dedos con ese inofensivo contacto, acentuándose al tomar de lleno su mentón y guiarla en dirección a su rostro—. Mañana, Elisa —fue todo lo que dijo con la voz enronquecida, apartándose con brusquedad de la pequeña, quien ignorante del estado caótico en el que lo había colocado, seguía sin entender en lo absoluto a lo que él se refería.

—¿Ma-mañana? —Elisa repitió—. No comprendo.

—Tú misma acabas de decirlo —trató de controlarse, su respiración aún era pesada e inconstante, bombeando desenfrenadamente más y más

sangre a su cabeza aturdiendo en sobremanera sus acciones. Descolocando de lleno a sus pensamientos con el solo recuerdo de lo que había hecho y había intentado repetir—. Dijiste que estabas agradecida, ¿no es verdad?

—Pero yo... —ni siquiera pudo terminar de armar una oración, cuando Axel había decidido terminante lo que haría.

—En ese caso, ven mañana a este mismo sitio, te estaré esperando — concluyó sin agregar algo más. Tomó sus pocas cosas o al menos las que aún eran rescatables después de ser expuestas por largo tiempo a la lluvia y al fango, solo había avanzado unos escasos metros cuando se detuvo. Se giró sobre sus talones y con la expresión inmutable que lo caracterizaba la vislumbró en la distancia. El caer continuo de los cerezos la tocaban con elegancia, logrando robarle infantiles y cálidas sonrisas mientras elevaba una de sus manos, deseosa de tomar los pétalos de las rosadas flores que divertidas parecían jugar con ella, haciéndola lucir como lo que era, una niña. Así es, por mucho que se reprendiera ahora, debía de recordar que ese desvalido ser que divisaba casi hipnotizado, no era más que una pequeña niña ciega que con seguridad no sobrepasaba los diez años de edad. Desordenó con frustración sus cabellos aún húmedos, reparando en lo que había hecho. Inhaló y exhaló aire un par de veces, sintiendo aún después de varios minutos transcurridos el dulce aroma de Elisa adherido prácticamente sobre su ropa, al igual que el endemoniado sabor a caramelo que aún guardaban sus labios cuando al mirarla inconsciente sobre la hermosa vista de las flores de *sakura*, había probado sin que ella tuviera la mínima noción. Redimió una lamentable risa de burla hacía sí mismo al ver el estado tan patético en el que se hallaba sumergido. Se dejó caer de lleno hacía el césped mojado, consintiendo que su risa tomara más fuerza y volumen, apagándose después de un rato hasta convertirse en un agobiante silencio. Tragó con lentitud presintiendo que sus pulmones se cerrarían si no lograba dominarse. Por mucho que le costara

aceptarlo o repetirlo en voz alta, arriesgándose a romper en miles de pedazos su orgullo, lo había hecho. Sí, había besado a esa niña. Por más terrible que se viera dentro de su cerebro, lo hizo, había sido el primer hombre en conocer el embriagador sabor que escondían sus labios. Algo que había deseado desesperadamente volver a hacer cuando la viera despertar de ese sueño que como guardián fiel, custodió hasta el final. Solo dentro de sus propios pensamientos podía aceptarlo, le había robado el primer beso a Elisa y aunque sonara descabellado y fuera contra toda lógica, no se arrepentía.

El resurgir de un nuevo día se había hecho presente, coronando con su luminoso poderío los territorios bastos y verdes de aquel parque por el que se encaminaba con una agitación bastante impropia en cuanto a su persona se refería. Una extraña emoción le invadió por dentro frenando veloz sus intenciones de continuar, al contemplarla de pie a la orilla del enorme árbol de *sakuras*, no pudiendo creer que Elisa, había decidido ir al encuentro al que le había ordenado a asistir.

—Veo que te gustan mucho los cerezos —le dijo en forma indiferente sin aparentar interés al observarla como de costumbre en la misma posición de las últimas veces, intentando capturar con la palma de su mano a los pétalos rosados que sin más sucumbían ante la fuerza de gravedad.

—En realidad no es eso —contestó algo perturbada con las mejillas coloreadas de rosa por la respuesta que daría—. Me gusta imaginar que son copos de nieve —le confesó más apenada que al principio, al ver que su respuesta en verdad sonaba infantil ahora que la decía en voz alta.

—Eres extraña —soltó sin reparos ni miramientos al tiempo en que tomaba asiento cerca de ella, pero aún así, a una distancia lo bastante alejada para impedir cualquier tipo de contacto entre ellos. Recargó su cabeza sobre el grueso tronco y cerró sus sombríos e impasibles ojos intentando relajarse —. Qué esperas, siéntate —ordenó fríamente a la niña que atenta aguardaba

en la misma posición. Media sonrisa se dibujó en su rostro al verla sonrojarse ante su petición, la misma que sin meditar cumplió al pie de la letra.

El resto de la mañana se desvaneció, permitiendo que con ello los minutos se transformaran en horas y con ellas la tranquila brisa de la tarde apareció. Ambos, tanto él como ella habían permanecido en calma todo ese tiempo. No surgieron palabras, risas o el sonido de las lágrimas, simplemente se dejaron envolver por la plena belleza que incluso en el más profundo de los silencios podía hallarse. Fue la mezcla de dos vidas, dos mundos opuestos unidos por el fuerte lazo de la soledad. Demostrándoles al resto del universo que aún viviendo en ese crudo mundo de abandono y amargura, era posible encontrar una diminuta dosis de felicidad. Y así fue, día tras día, lo que inició como un encuentro accidental, pronto se convirtió en una costumbre, en una necesidad irrefrenable por pasar un breve momento en compañía. Conociéndose poco a poco, adentrándose más y más en la vida del otro. Fue así que se enteró que hace apenas tres años, la pequeña había sufrido un accidente automovilístico en compañía de su madre, en donde claro, había perdido la vista y desde luego, su progenitora había muerto. Razón por la cual vestía esos lúgubres vestidos en color negro como símbolo de su dolor, al igual que el crucifijo de plata del que no se separaba nunca, ya que era la prenda que más había amado su madre cuando estaba viva.

—Llegas tarde, Elisa —le reclamó en tono molesto a la fatigada infante que sin poder recuperarse aún, respiraba con tosquedad, mientras se sujetaba con fuerza de las ramas más próximas del cerezo.

—Lo-lo lamento, Axel —se disculpó intentando conservar el aire que fluía entrecortado dentro de su interior. Tocó su pecho al sentirlo contraerse por segunda ocasión, deteniendo su quejido en el fondo de su garganta al oír la voz de Axel llamándola.

—Estás enferma —garantizó con aspereza al ver esas mejilla

comúnmente atenuadas de rosa, en un blanco casi transparente. Estaba por vociferar una queja ante Elisa, cuando se percató del cambio—. Dejaste el duelo —le dijo con sincero agrado al no ver más ese horrible traje de luto cubrir su silueta. En su lugar un sencillo y delicado vestido veraniego en tonos azules la arropaba, haciéndola lucir como lo que realmente era...— *Un ángel* —pronunció tan suave y quedito que ni siquiera su acompañante logró escucharle. Solo fue un pensamiento calculado, una respuesta que por orgullo dejaría oculta bajo el silencio de sus labios—. No está mal, al menos exteriormente parecerás normal —bromeó con Elisa, consiguiendo que su rostro destellara en un escandaloso rojo cereza debido a su comentario.

—Hoy es el último día de agosto —le recordó con cierta pena mientras tomaba asiento a su lado como de costumbre.

—¿Y eso qué importa? —rebatió con apatía.

—Las flores de cerezo se irán —abrió la palma de su mano, permitiendo que los escasos copos rozados que aún adornaban las ramas próximas a estar vacías, cubrieran el espacio que había dejado para tocarlas—. También yo me marcharé pronto.

—¿Te irás? —preguntó algo estupefacto, obteniendo solo el movimiento afirmativo por parte de la pequeña que entristecida tenía su cabeza sostenida entre sus rodillas.

—Espero que cuando regrese, las flores de cerezo también lo hagan —rió con desconsuelo y sin más liberó a los pétalos de *sakura* que celosamente retenía consigo, siendo llevadas muy lejos por el viento que pronto tendría el nostálgico aroma del otoño, segura de que en algunos meses, disfrutaría de la dulce presencia de aquellas flores.

—¡Solo deja de decir excusas, Elisa!, ¡Mejor di que ya no piensas volver! —arremetió furioso contra la joven.

—Pero Axel, he dicho que regresaré —intentó convencerle—. Si dudas

en mis palabras, estoy segura que esto te convencerá —llevó sus manos a la parte trasera de su cabeza y retiró el collar que por vez primera, abandonaría su puesto. Lo tomó con delicadeza extrema y con todo el cuidado del mundo, separó las dos partes en que el crucifijo se encontraba formado. Sujetó la parte más pequeña, la cual constaba de una cruz compuesta de diamantes, colocándola sin premura sobre su cuello. Mientras tanto, el extremo más grande se le fue ofrecida a Axel, que aún le analizaba sin entender del todo lo que Elisa deseaba hacer—. Vamos, acéptelo—pidió encarecida.

—Detesto recibir órdenes, lo sabes —le dijo irritado, negándose a coger el obsequio que la infante a su lado le cedía—. ¿Que ha-haces? —su voz sonó insegura y quebradiza, resultado de tener el cálido tacto de Elisa, reteniendo su mejilla para guiarse en la dirección en donde él se encontraba. Permaneció rígido, respirando a diminutas y entrecortadas bocanadas de aire que le eran insuficientes al tener a esa niña a tan corta distancia de la suya. No movió uno solo de sus músculos para luchar contra lo que ella hacía. Se dedicó a contemplar a la joven de bellos orbes pardos, deseando que esa imagen tan maravillosa se plasmara con tal nitidez en sus memorias que le bastaría para resistir la ausencia a la que con crueldad le sometería.

—Está listo —habló feliz de haber conseguido su objetivo sin haber sido interrumpida. La mano que con anterioridad reposaba sobre su mejilla, paulatinamente recorrió el sendero hasta dar a parar a su cuello, en donde con precaución, deslizó la yema de sus dedos, tocando el otro crucifijo que al igual que ella, ahora portaba él.

—¿De qué sirve que yo use esto, Elisa? —se quejó algo tenso, bajando la vista alterado, como sí por alguna razón, la castaña pudiese ver el ligero sonrojo que revestía sus pómulos.

—Serás tú, quien cuide de él hasta mi regreso —habló tan segura que incluso su infalible nerviosismo desapareció.

—¿Qué te hace pensar que haré lo que dices? —lanzó retador, no obstante, Elisa sonrió con ternura al tiempo en que se impulsaba para poder ponerse de pie.

—Siempre te recordaré como una de las pocas personas que me aceptó con mi condición —recordó algo más animada, agradeciéndole al destino el haber puesto al chico en su camino ese lluvioso día de agosto. Dio media vuelta dispuesta a marcharse, sin embargo, el fuerte apretón de Axel sobre su antebrazo le impidió continuar. Sabía lo que aquella acción significaba, aún sin necesidad de que hubiese palabras de por medio entre ellos. El orgullo del joven era inmenso, estaba consciente y por esa misma razón de su boca nunca saldría eso que sus acciones tan precipitadas e impulsivas dejaban ver—. También te extrañaré, Axel —confesó girándose en sus talones y se descubría frente a él. Deseaba que la recordara sonriente, feliz y firme, tal y como lo había aprendido de él, cada vez que lloraba como resultado de las burlas y maltratos. Sujetó el agarre que Axel aún ejercía sobre ella y suavemente se liberó al ceder él, la fuerza del contacto de sus manos—. El último día de agosto estaré aquí... —avanzó poco a poco, guiándose por el aroma que el joven despedía—... Lo prometo, Axel —se abrazó a su cintura sin recibir el mismo resultado por parte de él y a decir verdad, no importaba.

—¿Sabes lo que pasará contigo sino cumples con tu palabra? —amenazó guturalmente mientras se aproximaba a ella y susurraba con sutileza a su oído, lo que haría si rompía con su promesa de regresar—. Te buscaré hasta el fin del mundo si es necesario, y cuando te encuentre, te haré pagar muy caro, Elisa —sentenció ante la pequeña que empezaba a separarse de su lado. La vio sonreír con plenitud una vez más, y después de mover su mano diciéndole un agobiante— *Hasta pronto* —recobró el sendero que la llevaría lejos, muy lejos, a un lugar en donde él, no podría alcanzarla por más que estirara su brazo.

El dulce aroma de los cerezos llenó plenamente sus pulmones, trayéndole aquellas memorias del pasado que solo parecían cobrar vida cada vez que visitaba aquel parque. Elevó una de sus manos en el aire, y sin aguardar más, la lluvia de esos suaves pétalos rosados cayó sobre él. Cerró su puño con la mezcla de furia y rabia que lo cubría siempre que llegaba ese día. Atrapando en ese diminuto espacio a los delicados copos de *sakura* que deseaba retener el mayor tiempo posible, aún así, siempre terminaban escapando, huyendo lejos. Tan lejos como ella.

—*Me gusta imaginar que son copos de nieve.*

Su mente traicionera le trajo de vuelta la respuesta que Elisa le había dado aquel día que la vio jugar con las flores de cerezo que danzaban con la ayuda del aire, ocasionando que liberara ese pesado y lastimero suspiro de frustración que ahogaba su garganta. Aún en contra de su voluntad y de su orgullo, una vez más estaba ahí, como cada año, como cada último día de Agosto que aguardaba por ella desde hacía diez años sin tener el menor indicio de lo que había acontecido para impedirle regresar y cumplir con la promesa que habían pactado. Miró el crucifijo que colgaba de su cuello, reluciendo por el efecto de los rayos del sol que graciosamente se posaban contra su superficie.

—*Serás tú, quien cuide de él hasta mi regreso.*

—Yo sí cumplí mi parte, Elisa —habló áspero, dirigiendo su atención hacía la cruz que en toda una década había mantenido consigo.

—*También te extrañaré, Axel.*

—Tú fuiste quien rompió nuestra promesa —retiró de mala gana los

pétalos que cobijaban su oscuro e impecable traje ejecutivo, distinguiendo que contaba con escasos treinta minutos para llegar a la oficina y que la junta con el personal directivo diera inicio. Caminó unos metros, no pudiendo evitar la sensación de mirar hacia atrás como cada año que retornaba y tenía que irse de ese sitio que tanto apreciaba, para así poder continuar con la monotonía del día a día. Incluso ahora le era posible escuchar su risa y su llanto atrapado como fantasmas en los alrededores. Ver su silueta de niña pequeña que con cautela avanzaba entre los cerezos que le servían de guía hasta llegar al árbol en donde compartieron tantos momentos juntos, y en donde la vio sonreír únicamente para él.

—*El último día de agosto estaré aquí, lo prometo.*

—Todo fue una mentira, al igual que tus palabras, Elisa —metió las manos en sus bolsillos y sin decir una sola cosa más, se marchó tan reservadamente como había llegado. Perdiendo como cada año, la esperanza de volver a ver a esa niña amante de esos raros y rosados copos de nieve.

CAPÍTULO II

El imponente astro solar se coronaba sobre el firmamento del medio día, dirigiéndose sin prisa hacia el sendero que lo llevaría a la salida del parque. Miró una vez más el reloj, soltando un suspiro lleno de fastidio al ver lo retrasado que estaba para la reunión con el comité de accionistas. Aumentó su paso, observando que era cuestión de dar vuelta en el último pedazo del camino y llegaría hasta donde le aguardaba su deportivo. Un seco golpe se dejó escuchar entre el silencio que se desbordaba por los alrededores, acompañado por esa alta silueta que como muralla, detuvo de súbito su andar. Un par de penetrantes ojos azules se posaron sobre las profundas capas de oscuridad que se enmarcaba en su mirada, presintiendo al instante, la fría indiferencia que al igual que él, destilaba inclusive con su simple respirar. Bajó la vista hacia ese bastón de invidente que durante el choque entre ambos había dejado caer el joven, inclinando su cuerpo lo suficiente para tomarlo entre sus manos y regresárselo a su dueño. Un leve gesto con la cabeza como agradecimiento fue todo lo que obtuvo por parte del desconocido, quien por algunos fugaces segundos, posó indiscreto su atención en el crucifijo que portaba, deponiendo una clara sensación de incomodidad. Aún así, después de obtenida su pertenencia, retomó su camino sin decir una palabra de por medio. Aguardó en la misma posición por varios minutos sin hacer un movimiento. Permaneció estático, esperando algo que aún no comprendía, pero que luchando contra toda lógica, estaba ahí, tan presente como irracional. Era una necesidad, un deseo ferviente por regresar al árbol de cerezos, algo tan grande y agobiante que hasta su garganta se cerró, dificultándole infiltrar oxígeno. Avanzó unos metros decidido a retornar, sin

embargo, el sonido de su móvil lo impidió. Buscó entre sus bolsillos hasta dar con el aparato, apreciando para su disgusto el mensaje que su padre le había enviado solicitándole llegara de inmediato. Pasó una mano por sus cabellos forzando a sus sentidos a tranquilizarse. Liberó una y otra vez pesadas exhaladas hasta recobrar la compostura. Elevó su cabeza hacia los blancos algodones que con quietud y calma transitaban sobre un azul brillante, obligando de esa manera a sus pies a marcharse, haciendo caso omiso de la energía que cual espectador invisible, rogaba para que mirase una sola vez hacia atrás.

Avanzó entre la verde espesura, descubriendo con interés a esos enormes vigilantes del tiempo que gracias a la cálida brisa del verano, se mecían con una paz embelesante. Una leve curvatura se formó en sus delgados labios al ver a la persona que le aguardaba. Su mirar parecía adquirir vida propia con solo contemplarla a la distancia, admirando con detalle la forma en que sus largos cabellos castaños se elevaban sobre su rostro, produciéndole risueñas e infantiles muecas, mientras que los rosados pétalos de cerezo la rodeaban celosamente, escapando una y otra vez de las suaves manos que deseaban retenerlos entre ellas.

—Creo que deberíamos irnos —habló risueño, haciéndole saber a la joven que había llegado—. Hace apenas una hora que salimos del aeropuerto, recuerda que necesitas descansar —insistió ante la chica que sabía, desobedecería deliberadamente todas y cada una de las cosas que acababa de decirle. La vio girarse hasta quedar de frente a su persona, mostrando una alegría tan hilarante y llena de vida, que incluso la común palidez de sus mejillas se logró colorear de un rosa aún más esplendido que el de aquellas flores que poco a poco abandonaban su lugar en los árboles—. ¿Eres feliz de estar aquí? —reparó en lo evidente para cualquiera que pudiera verla. Dirigió su interés al bastón que había llevado para ella, no obstante, era ahora cuando

comprendía que no lo requería. Elisa reconocía cada palmo del parque como si sus pupilas bañadas por la oscuridad, tuviesen la luz necesaria para permitirle ver.

—Lo s-soy —su voz quebrada por la emoción delataba la felicidad que le inducía el estar en esa área. Llevó una mano hacia su cuello, descubriendo el delicado crucifijo que ocultaba en el interior de sus ropas, y el cual tintineó con gracia contra los débiles rayos de sol—. Soy feliz, inmensamente feliz —sonrió con calidez al sentir después de tanto el roce exquisito de los cerezos que así como ella, parecían felices por haberla visto retornar. Se alejó por segunda vez de Isaac, caminando entre la verde naturaleza que se topaba en su andar. Inspiró una urgente bocanada al sentir una leve punzada de dolor abrazarle escalofriantemente en su interior. Con discreción y sin interrumpir su marcha para que sus acciones no llamaran la atención del chico, dirigió una de sus manos en dirección a su pecho, provocándole un gemido de incomodidad ante la rozadura de sus dedos. Rió con resignación, sin duda era una tonta por no poder acostumbrarse aún. Unos cuantos pasos más y estaría ahí. Podía sentirlo con cada centímetro que aminoraba más y más la trayectoria. Movié sus delicadas manos sobre la angulosa y rugosa corteza del árbol de *sakuras* que tantos recuerdos hermosos le traía del pasado y que aún en la distancia, le permitieron soportar la realidad tan abrupta y definitiva con la que el destino la sentenciaba desde hace tantos años. Se sostuvo del firme tronco, concediendo que el calor del sol le golpeará de lleno.

—*¿Sabes lo que pasará contigo si no cumples con tu palabra?*

Evocó claramente lo que Axel le había dicho en aquel entonces, ocasionando que el lacerando ardor de las lágrimas siguiera torturándola con mayor fuerza y pesar. Apresó entre sus manos el crucifijo, permitiéndoles a las decenas de lágrimas que agolpaban sus parpados bajasen con discreción, sin dar una sola evidencia de lo que pasaba. Sin manifestar el sufrimiento que

ocultaba ante la vista de todo el que la rodeaba.

—*Te buscaré hasta el fin del mundo si es necesario y cuando te encuentre te haré pagar muy caro, Elisa.*

—Regresé —se sujetó más fuerte del brillante colgante, deseando que de alguna forma, él la escuchara y sintiera que había vuelto después de tantos y tantos años de espera—. Finalmente regresé, Axel —fue por eso que había decidido volver, para cerrar un ciclo de su vida. Para poder tener noticias de él antes de que todo terminara, antes de que los pétalos de cerezo que tanto amaba se desvanecieran en el aire tal y como irremediablemente le ocurriría a ella—. Solo una vez, solo una última vez.

La puerta de la elegante oficina se abrió con apuro justo antes de abofetearse en el marco de metal, causando que la superficie de cristal cortado se deformara por grietas y hendiduras que no garantizaban que el soporte resistiera por mucho más. Arrojó lejos de su vista las múltiples carpetas que llevaba consigo y que durante la junta habían recibido todos los presentes. Soltó un gruñido lleno de furia mientras desataba a jalones la fina corbata de seda en color negro que sentía lo asfixiaría, al igual que los reportes que acaba de recibir tanto por parte del departamento de contabilidad como de su progenitor, siendo suficiente para amargarle los próximos días de manera desastrosa. Se dejó caer con pesadez en el asiento de piel que descansaba frente al escritorio, intentando en repetidas oportunidades, despejar su mente en otros asuntos que no fueran los de la empresa de su familia y de cierta forma estuvo por conseguirlo, al menos de no ser por el maduro hombre que con paso preciso y decidido se había hecho notar ante él,

hubiera olvidado la absurda solución que su padre había encontrado a los problemas financieros que devoraban a la empresa.

—Necesitamos hablar —atacó sin miramientos, recibiendo como respuesta la mirada fulminante del menor de sus hijos que sin abrir la boca, le había dicho que se esfumara de su vista antes de que perdiera la poca paciencia que por respeto y consideración aún se permitía tenerle—. Axel, esta es la única solución —intervino una vez más a sabiendas de que en poco despertaría su ira.

—¡No lo haré! —sentenció con frialdad y sin dar indicios de un cambio de parecer al momento en que giraba el asiento de manera contraria a donde se encontraba su padre—. No seré yo quien pague tus estúpidas decisiones —contraatacaba sin despegar su vista del techo pintado en un blanco perlado.

—Requerimos de una fuerte inyección de capital para mantenernos a flote y Phillip Fritz, es nuestra mejor opción.

—Dirás, tu única opción —recalcó en tono mordaz—. En este instante, cada accionista, líder bancario y empresario del país, están al tanto de tu ineptitud —movió el asiento para encararle—. Nadie es tan idiota para confiar su inversión en una empresa al borde de la bancarrota.

—Phillip lo hará, eso si haces correctamente tú parte —sonrió con indiferencia al observar el minúsculo signo de duda que el segundo de sus hijos mantenía plasmado en la honda oscuridad de sus orbes—. Al menos piénsalo, tienes una semana para decidirte —ajustó su impecable traje ejecutivo y se dirigió a la puerta de salida, no sin antes dedicarle aquellas últimas palabras que lograrían cambiar el rumbo de su vida—. Es hora de mirar hacia el futuro y dejar el pasado atrás, Axel —tomó la manija metálica y cerró permitiéndole estar a solas, meditando una y otra vez lo dicho por él, aún si los motivos e intereses fuesen diferentes a los suyos.

Los minutos se escurrieron como el agua entre los dedos y sin siquiera

percibirlo, ya eran más de la doce de la noche. Se movió de un lado a otro repasando dentro de su mente lo que su padre quería que hiciese, llegando a tomar una decisión pese a que algo muy dentro de sí, se negaba rotundamente a continuar, gritándole con cólera y frustración que él no podía hacer eso. Él no podía atreverse a mandarla al olvido. Buscó dentro de su escritorio con impaciencia, retirando de su camino todo lo que no fuese lo que requería consigo. Solo después de unos minutos fue que pudo hallarla. La diminuta llave reposaba en sus manos, yendo a parar sin muchas complicaciones al compartimiento más alejado y oculto de ojos curiosos e impertinentes que gozaban con juzgar la vida de otros.

—Dejar el pasado atrás —repitió en automático lo hablado con su padre, mientras que la dureza de su rostro se esfumaba solo un santiamén al ver de cerca el menudo baúl que protegía como el tesoro más valioso. Con sumo cuidado lo abrió, permitiendo que sus ojos se reanimaran una vez más con esos gráciles pétalos de cerezos que con tanta devoción había mantenido consigo por tantos años, los mismos que adornaban el árbol ese día de agosto que se despidió de Elisa. Los mismos pétalos de *sakura* que cortó y se había llevado consigo cuando la vio partir—. ¿Habrà llegado el tiempo de dejarte atrás? —no hubo objeción que respondiera a su pregunta, por lo que llevó sus manos atrás de su cabeza y sin darle más vueltas al asunto, retiró el crucifijo que en diez años, había sido la prueba más fehaciente de toda la esperanza, de todo el anhelo y de todo lo bueno que esa niña ciega había despertado en su corazón en ese corto lapso que estuvo a su lado. Deslizó sus dedos por los alrededores del cofre justo antes de liberar un cansado suspiro de indecisión. Con ese colgante se iba una parte demasiado importante de su vida, quizás mucho más de lo que él mismo estaba dispuesto a reconocer, no obstante, en el segundo en que ese baúl se cerrara de nuevo, aquellos mágicos copos de nieve teñidos de rosa, ese último día de agosto y esa promesa que jamás pudo

cumplirse, se irían junto con ella. Con esa pequeña niña encerrada entre tinieblas.

Los días siguientes transcurrieron con una lentitud demasiado agonizante para su gusto. Tras darle a conocer a su padre la respuesta que tan ansioso deseaba oír para salvar no solo a la empresa de una quiebra inminente, sino también su propia cabeza de los prestamistas, el caos había caído sobre su persona, destruyendo por entero su equilibrio mental. Las reuniones, los avisos y los miles de preparativos llovieron catastróficamente sin detenerse una sola vez.

—¡Maldición! —bufó hastiado mientras dejaba caer la cortina que revestía el enorme ventanal. Las decenas de meceros y coordinadores iban y venían presurosos en su necesidad de terminar de decorar el jardín para la fiesta de máscaras que la empresa organizaba cada año y la cual, garantizaba con ser uno de los mejores eventos del año. Aún después de ser lanzada la noticia que sería toda una bomba periodística para los buitres come carroña que componían a la selecta y tiránica sociedad del país. Tocó su sien ante la apremiante migraña que todo ese mundo de estúpida frivolidad le suscitaba. Avanzó unos pasos hasta aproximarse al espejo de cuerpo entero que reposa muy cerca de su buro, permitiéndose examinar que todo estuviese en su respectivo lugar para bajar a la recepción y que la farsa más grande de su vida diera por fin inicio. Revisó sus cabellos, los cuales por protocolo tenía que mantener peinados. Deslizó la vista por los contornos de la camisa en color blanco de diseñador que marcaba su silueta, deteniéndola sin imaginarlo, en ese espacio de su pecho en donde se suponía debería reposar su crucifijo y el cual osadamente reemplazó por ese par de grilletes que cortarían no solo las

alas de su libertad, sino también las de su pasado. Redimió un suspiró bañado en amargura al empezar a comprender las gigantescas dimensiones de lo que estaba por hacer—. *Vendiste un pasado anhelante de esperanza, por un falso futuro cubierto en desolación* —taladró con rabia una y otra vez su subconsciente, haciéndole ver que había tomado a la ligera la decisión equivocada. Acercó sus dedos a ese espacio vacío, envolviéndolos entre aquello que ya no estaba pero que pese a lo que haría, continuaba viéndolo como si nunca se hubiese desecho de él.

—Haces lo incorrecto, y lo grave de la situación es que estas consciente de que lo es, ¿verdad? —le cuestionó el recién llegado con lúgubre seriedad.

Con disimulo bajo su mano, aparentando que todo este tiempo estaba terminando de abotonar el cuello de su camisa.

—¿Acaso no sabes tocar la puerta? —dijo como respuesta al hombre que con quietud se encaminaba hasta el interior de la habitación.

—No lo hagas, Axel —estaba por colocar una de sus manos sobre su hombro cuando el joven sin dudarlo, evitó de mala gana cualquier contacto entre ambos—. Llegará el momento en que... —con una extraña mezcla entre tristeza, nostalgia y angustia, alejó de su mente la idea de aproximarse a su hermano menor, prefiriendo tomar asiento en la mullida cama— ... Te arrepentirás de esta absurda salida y cuando eso ocurra, tal vez sea demasiado tarde para remediar las cosas.

—¡Lo que haga o deje de hacer con mi vida, no es tu problema, así que si ya terminaste de parlotear, lárgate! —. escupió con rencor, regresando su interés al imponente reflejo que el espejo le exponía.

—¡No solo tú saldrás perjudicado!, ¿¡por qué no lo comprendes!?! — trató de hacerlo reaccionar, sin embargo, lo conocía demasiado bien. Axel no cambiaría de opinión así el cielo se partiera y le cayera a pedazos—. ¡También está Valeria!, ¿acaso, has pensado en ella? —discutió estando muy

próximo de perder los estribos.

—¡Dije que te fueras! —vociferó furioso en su intento por hacer oídos sordos de lo que veía como la estupidez más grande de su vida. Justo cuando el ruido de la puerta le indicó que estaba solo, fue que se atrevió a sacar de su bolsillo aquella curiosa cajita envuelta en terciopelo negro que su madre le había dado por la mañana. Expiró sonoramente el aire que poco a poco sentía le cerraba los pulmones con solo vislumbrarla. No era necesario que alguien como Max viniera y se lo echara en cara. Lo reconocía, estaba equivocado y la opción que había elegido para escapar de esos malditos sentimientos que lo devoraban día con día no harían más que terminar de destruir la vida de Valeria y la suya propia. Jugó con tedio con la cajilla, deseando por un tentador segundo mandar todo al demonio, sin embargo, no retrocedería, no movería un solo dedo para evitar lo inevitable, así lo había decidido y no cambiaría de parecer aún si su egoísta alma se condenara a podrirse en las sombrías profundidades del abismo.

La dulce melodía de los violines llegaba hasta ella de forma apaciguante, percibiendo aún en su condición el sublime sonido que realizaban las cuerdas al compás de los dedos que magistralmente se movían y soltaban con fuerza y suavidad sobre ellas. Estaba por dar el primer paso en ese territorio que desconocía pero le fue imposible. Un brusco pero delicado agarre se afianzó sobre su antebrazo deteniéndola por sorpresa, siendo relacionado con esa ligera risa que conocía desde hace muchos años atrás y la cual siempre estaba a su lado pese a todo.

—Ten cuidado, Elisa —oyó reprenderla, evitando poner un pie en la

escalera y correr el riesgo de caer cuesta abajo.

—Gracias, Isaac —sonrió de manera tierna, aceptando el apoyo que él le ofrecía para descender y poder llegar hasta los jardines de la casa—. ¿Crees que se alegre de verme? —preguntó al chico que se vio en la necesidad de detenerse para mirarle. Los minutos transcurridos le parecieron demasiado largos, tanto que un cosquilleo se apoderó de su estómago debido a la inquietud. Podía sentir la penetrante mirada de su acompañante sobre su persona, reflejándose todo ese nerviosismo en los dedos que se apretaban uno contra otro, seguidos muy de cerca por ese rosa pálido que coloreó aún más sus mejillas levemente maquilladas.

—Cualquier persona, con el simple hecho de estar a tu lado se sentiría feliz —musitó a muy pocos centímetros de su rostro—. Yo lo soy, Elisa —respondió mientras acariciaba los cabellos bellamente cepillados, asemejando una frondosa cascada que caía hasta su cintura.

—No lo hagas por favor —retiró el contacto que Isaac le ofrecía, deseando comprendiera la situación por la que atravesaba.

—Lo sé, no tienes que decirme nada más —soltó con serenidad, alejándose a una distancia prudente para no continuar aturdiéndola. Elevó su mirar al estrellado cielo que glorioso se extendía a todo lo largo del infinito, amparando al astro nocturno que con su resplandor, lograba iluminar hasta el rincón más oscuro. Hasta el ser más desvalido. Sonrió con un dejo de melancolía. Él era como las estrellas, resguardando siempre de la luna, defendiendo sin recibir nada a cambio. Sonriendo cuando ella lo hacía, sintiéndose feliz con solo verla también a ella siéndolo y así sería en todo momento, a cada instante, hasta el último segundo. Hasta que Elisa encontrara a esa persona que había estado esperando. Ese hombre que la protegería cuando él le cediera su puesto, no obstante, mientras ese tiempo no apareciera, él permanecería junto a ella. Esa cálida joven que sin conocerlo,

había curado las heridas físicas y espirituales que las calles y las drogas le marcaron. Aquella frágil mujer que con la sola luz de su alma, lo había rescatado de los tentativos lazos de la oscuridad.

—Isaac... —se encaminó unos metros sin estar muy convencida de la dirección que marcaban sus pasos. Quería estar cerca de él y de alguna forma disculpase. Siempre estuvo al tanto de los fuertes sentimientos que le profesaba, así como el hecho de que jamás podría llegar a corresponderlos como él tanto merecía que lo hiciera.

—Iré en busca de la persona que deseas saludar, así que te pido esperes aquí —no pudo dar un solo paso debido al agarre que débilmente lograba sostenerse de la manga de su saco.

Los segundos pasaron, uno seguido del otro mientras ambos se mantenían en la misma posición, sin hacer un movimiento, sin decir una palabra.

—*Lamento no poder quererte.*

Eso era lo que repetía el corazón de Elisa por más que se negara a sí mismo el escucharlo.

—*Esa fue mi decisión* —confesó afligido el suyo.

Bajó su cabeza con derrota al comprobar lo difícil que era el no poder detener lo que sentía por Elisa, pero no se arrepentía. Liberó con la ternura y cuidado que solo tenía para con ella, esa grácil mano que al igual que ese día que abandonada había perdido su rumbo en las solitarias calles de la ciudad, otra vez se aferraba a él en busca del resguardo que siempre le brindaría mientras aún mantuviera fuerzas para seguir en este mundo.

—Te prometo no demorar —un ligero roce de sus labios sobre la cremosa piel de sus mejillas fue suficiente para despedirse, dejándola rodeada por el magnífico compás de los violines y por aquellos seres ocultos entre las sombras que desconocía.

—*Brindo por ti, Elisa, porque tú maldita vida sea mejor que la mía.*

Había oído decir en tono hiriente, lo bastante cerca para conseguir que su corazón zumbara en sus oídos tan intensamente que tuvo que sujetarse de la primera mesa que alcanzó a tocar para no derrumbarse.

—E-esa voz —logró decir en un murmullo casi inaudible.- No, no puede ser él.- Su labio inferior tembló debido a la enorme impresión. Sus ojos se contraían en su esfuerzo por aplacar esa imponente voz que pese a los años transcurridos aún seguía en sus memorias. Sirviendo como alimento y bálsamo de sus sueños y fantasías, la misma que le ayudó a soportar todo ese tiempo en el que le era imposible volver, inyectándole algo más de vida a esa cansada alma que desde que tenía uso de razón se consumía como las arenas del reloj—. Axel...

—*Por fin despiertas.*

Ya era inevitable contener sus lágrimas.

—*¿Solamente esas chicas te han herido?*

Cubrió su boca impidiendo que sus sollozos fueran percibidos.

—*En ese caso ven mañana a este mismo sitio, te estaré esperando.*

Dolía, dolía mucho.

Su corazón latía desbocado, mandando a todo su cuerpo fuertes pulsaciones ocasionándole un agudo malestar, paralizándola de pies a cabeza. Con agotamiento extremo comenzó a marcharse de donde Isaac le había pedido esperarle, pero no podía estar más tiempo ahí, no podía enfrentar los fantasmas que desde hacía diez años la atormentaban sin descanso.

—*¿Te irás?*

Deseaba decírselo de frente. Que ella había vuelto, que solo por él lo había hecho.

Movió con apatía la copa de cristal que reposaba entre sus manos, mirando con determinación como el dorado y espumoso líquido se agitaba de arriba a abajo hasta desbordarse. Una invisible línea surcó sus labios al notar como su saco recibía el daño de su embriagues, ingiriendo con apuro todo el contenido sin dejar una sola gota. Sacudió con ligereza su cabeza intentando espantar los efectos que el alcohol empezaba a mermar dentro de él, pero la necesidad que tenía de olvidar todo lo que estaba pasando al menos por unos cuantos minutos fue mucho mayor. Cogió otra de las copas disponibles para los invitados, bebiendo de un solo trago ese maravilloso pasaje al desahogo total. Solo así no estaría consciente del disparate que haría, solo con ese delicioso aliciente enfriando sus venas, su mente y corazón estarían lo justamente adormecidos para que dejasen de maldecirlo por estar dispuesto a dejarla ir.

—Brindo por ti, Elisa, porque tú maldita vida sea mejor que la mía — dijo con el resentimiento que de alguna forma le tenía a la pequeña niña que aún con su sola presencia, le había ofrecido más felicidad que cualquier otro ser que hubiese formado parte de su desolada y amarga existencia. Estuvo tentado a tomar una copa más cuando una tersa mano se apoyó de forma insegura sobre su hombro deseando llamar su atención. Movió sus piernas para mirar a la persona que con temor le requería, cuando sus vacíos ojos finalmente la vislumbraron. Era ella, no podía estar equivocado. Eran sus ojos castaños, los mismos que entre sueños lograban darle esa paz y esperanza a la que había renunciado. Tragó con pesadez intentando aliviar el ardor que obstruía su garganta, no pudiendo creer lo difícil que era mover sus labios y que las palabras salieran de su boca. Su cristalina mirada parda aún sin vida, le veía tan cálida y dulcemente que habían conseguido despertar ese

frígido corazón que en más de diez años se había negado a volver a latir de la manera tan violenta en la que ahora lo hacía con el solo hecho de mirarla, de saberle cerca. Sin siquiera pensarlo, retiró el elegante antifaz decorado en diversas tonalidades de negro, recorriendo con desesperación ese bello rostro que cual espejismo, resurgía entre los avernos de la noche.

—Ha llegado el momento, Axel —le escuchó decir en tono alterado en el segundo en que tomaba la mano que acariciaba su mejilla para guiarlo por el sendero que ambos tenían que transitar.

Esa sencilla frase bastó para hacerlo reaccionar, sintiendo de inmediato como aquella fantasía que su abatida mente había creado para su propio consuelo se hacía trizas. Parpadeó una y otra vez deseando encontrar a la joven que antes había estado con él, sin embargo, era esa otra mujer quien había usurpado su lugar. Mostrándole que esa atroz realidad a la que se rehusaba a pertenecer, podía llegar a ser más devastadora y brutal de lo que en un inicio sospechó. Sin aguardar más, rompió la unión que mantenían las manos de ambos como si ese tacto le quemara desesperantemente.

—¿Pasa algo? —argumentó Valeria, extrañada por el comportamiento que Axel denotaba.

—*No eres ella* —rugió sin miramientos su cabeza—. No, no ocurre nada —respondió recuperando la cordura y el gobierno de su mente.

—Vamos entonces —sonrió con alivio, estirando su brazo para poder tomar por segunda vez la mano de Axel, una acción que jamás pudo cumplirse. El chico había resuelto avanzar para que sus cuerpos no volvieran a tocarse, plasmando en esa joven una amarga sensación de desazón.

La tenue luz de los diminutos faroles proporcionaba una atmósfera acogedora y hasta cierto punto melancólica, dando la impresión de que miles de luciérnagas danzaban complacientes para su público, siguiendo las acompasadas notas de los violines. Un pesado mutismo se formó en el

ambiente al ver a la pareja hacer acto de presencia en el centro de la pista en compañía de sus padres, siendo precisamente su padre, quien tomara la batuta de semejante farsa. El tiempo pareció congelarse ante él, ya que ni siquiera fue consciente de la sarta de estupideces que salían segundo tras segundo de la boca de su progenitor. Todo un puñado de tecnicismos aristocráticos forrados en hipocresía, conveniencia y un éxito que distaba mucho de ser real. Palabra tras palabra, comentario tras otro, todos ellos seguidos muy de cerca por ese mar de sonrisas perfectas y fingidas. Todo siendo tan falso, tan artificial. Todo era un engaño, una ridícula invención en la que él mismo había aceptado formar parte. Desplegó aquella diminuta cajilla de terciopelo ante la vista curiosa de los invitados y también de la chica que aguardaba ansiosamente el poder ver lo que se hallaba en su interior. Un majestuoso anillo de diamantes con zafiros era lo que había revelado, reconociendo de esa manera que sin cabida a dudas, el compromiso era oficial. Axel Bennett y Valeria Fritz, contrarían nupcias en menos de un mes. Sacó la llamativa sortija dispuesto a colocarla en la que dentro de algunas pocas semanas sería su esposa, sin embargo, una misteriosa sensación se alojó en lo más hondo de su ser. Por un instante recordó ese día que había ido al parque de cerezos, así como la angustiosa energía que sin explicación alguna parecía rogarle para que no se marchara de esos territorios. Ambas eran prácticamente iguales, ambas parecían suplicarle porque mirara algo que en definitiva desconocía, pero que aún así, sentía que estaba ahí. Solo fueron unos pocos segundos los que se distrajo viendo en dirección a la enorme audiencia que les acechaba. Estudió a cada uno, todos ellos vistiendo la más selecta ropa y los más costosos y bien elaborados antifaces. Todo de primera calidad, todo acorde a la gran ocasión. Todos con excepción de una. Fue justo en ella, en quien su atención se centró, en esa joven que sin máscaras, vestía ese sencillo pero elegante atuendo de seda en color blanco. La fresca brisa de la noche elevaba

con un mágico magnetismo sus largos y castaños cabellos, ocasionando que sus pupilas no pudieran evitar mirarla. Sus pálidas mejillas mantenían plasmadas las huellas perpetuas de su llanto y de ese gran pesar que en contadas veces transformó ese bello rostro en una muestra evidente de sufrimiento. Una de sus manos estrujaba nerviosa el colgante que rodeaba su cuello, como si deseara ferviente encontrar en él, la fuerza que requería para retirarse sin hacer evidente su existencia. Algo que hubiese conseguido, si no fuese porque su extremidad cayó inerte hacía a un lado, dejando al descubierto ese crucifijo que mil y un veces añoró volver a ver. Tal y como ahora lo hacía.

—Elisa —musitó con la incredulidad latente de que se tratara de otra sucia jugarreta de su subconsciente cuando la vio partir. Su cuerpo reaccionó con mayor velocidad que su mente, ya que ante la presencia atónita de los invitados, de su familia y obviamente de su sorprendida prometida, había soltado el anillo que sellaba el compromiso entre los dos.

El grácil sonido del metal retumbó en sus oídos produciendo estruendosos ecos que no cesaban. Dirigió su mirar en la trayectoria que Axel había tomado, manteniendo aún en sus memorias ese nombre que había articulado con tanta devoción. Con suma discreción limpió esa rebelde lágrima que sin haber hecho caso de sus órdenes, había decidido caer por su pómulo, estrellándose dolorosamente justo a un lado de la tintineante joya. Incluyó su cuerpo para tomar lo que ahora por derecho le pertenecía y sin más se fue en busca de la única persona que conocía por el nombre de *Elisa*, el mismo que su prometido había dicho, rogando a los cielos porque no fuese la misma mujer por quien Axel, había decidido abandonarla ante las murmuraciones maliciosas de todo el mundo.

CAPÍTULO III

Su caminar era por demás torpe e inestable, no estando segura de cuánto tiempo más sus piernas lograrían seguir soportando su peso sobre ellas antes de colapsarse. Sentía tanta tristeza y desilusión que temía le cerrarían el pecho asfixiándola irremediabilmente. Apretó sus labios evitando continuar llorando, pero todo era inútil, el dolor estaba ahí, tan latente y vivo que era insoportable. Por un instante rememoró aquellos difíciles días llenos de médicos y hospitales. Ni siquiera entonces su corazón agonizaba tan terriblemente. Una desencajada mueca se dibujó en su rostro al pensar en lo ilusa que había sido al imaginar que Axel esperaría por ella. Una amarga risa hacia sí misma brotó de su boca al recapacitar en lo que había pensado y en lo absurdo que ahora sonaba después de lo que había presenciado. Había sido tan torpe, tan estúpida e ingenua. ¿Cómo pudo fantasear con esa idea por tantos años? si era lógico que él, no solo no sentía lo mismo que ella, sino que era obvio que continuaría su vida con alguien que si valiese la pena. Con alguien que si pudiera permanecer a su lado.

—¿Quién está ahí? —articuló angustiada a la nada que aparentemente la rodeaba, poniendo a todos sus demás sentidos en alerta extrema. Podía escuchar las pisadas firmes de alguien que se acercaba, su mirar insistente que sentía la atravesaba, sin mencionar que su respirar era dificultoso después del trecho que había recorrido por localizarla. Su cuerpo por instinto se vio en la necesidad de retroceder un par de pasos para protegerse de ese alguien que aún continuaba acechándola en las sombras. Distinguiendo al desconocido cuando una apacible corriente le llevó aquel aroma tan particular y único que ella en definitiva conocía. Él estaba ahí—. Axel —fue un susurro, una leve

caricia al aire.

—¿Tienes idea de cuántas veces desee escucharte decir mi nombre en todos estos años? —su voz profunda y corrompida se oía cerca, cada vez más y más cerca— ¿Sabes cuántas veces imaginé ver tú silueta en el árbol de cerezos? —reprochó mientras avanzaba, comenzando a acorralarla—. ¿Puedes imaginarte las miles de horas que esperé tenerte así de cerca? —estaba furioso y solo ella era la culpable.

—Yo no... —el ensordecedor golpe que hizo sobre la firme pared de concreto que se hallaba a sus espaldas frenó cualquier intento que tuviese por dar explicaciones. Podía sentir su respirar sobre sus mejillas produciéndole escalofríos, el calor que desprendía su cuerpo al tenerlo tan próximo a ella y el embriagante aroma que parecía colarse por cada uno de sus poros sumergiéndola en una especie de trance del que tenía que despertar antes de que fuese demasiado tarde.

—Di mi nombre —demandó con vehemencia mientras reposaba desesperadamente su frente junto a la de la asustadiza castaña—. Quiero escucharte decir mi nombre —Pidió casi como una súplica.

—Axel... —Lo llamó con el poco aliento que aún quedaba dentro de ella.

Sonrió con arrogancia al oír el maravilloso sonido que tomaba su nombre cuando salía de sus labios, no pudiendo creer que aquella pequeña niña que había conocido ese día de agosto, se hubiese convertido en esa hermosa mujer que temblaba con su roce.

— Te lo dije... —empezó a hablarle de forma pausada e inquietante, tomándose el tiempo para retirar sutilmente esas saladas gotas que aún en silencio, continuaba derramando —... Te dije que si rompías tú promesa, lo pagarías y al fin ha llegado ese momento, Elisa —tomó su mentón y sin poder contenerse, asaltó sus labios tal y como esa mañana lluviosa que sin

resistir el deseo de verla dormir, había sido lo bastante ruin como para robarle su primer beso apenas siendo una niña. Su corazón se sentía enloquecido con el hecho de verla, disfrutando cómo su sangre, más despierta que nunca circulaba desenfrenada sobre sus venas y todo por ella, solo por ella. Ya no podía seguir negándolo por mucho que su orgullo se interpusiera en el camino, la quería, la precisaba consigo casi tanto como el aire que se requería para la vida.

El mundo de las fantasías era un lugar tan feliz, tan dulce, tan sencillamente perfecto que por un momento añoró poder permanecer en él por tiempo indefinido. Ambos, solo él y ella, alejados del resto de la realidad y de todos aquellos que renegaran de lo que sentían, por desgracia nada de eso podía ser. El mundo real existía, tanto como lo hacía la persona por la que había llegado a parar a esa casa y quien a partir de ese momento, estaba comprometida con Axel por mucho que la destrozara el aceptarlo. Él ya había formado su vida, una muy diferente de la suya. Llena de personas inocentes que no merecían sufrir por culpa de alguien que a la larga solo lograría sembrar más abandono y tristeza en esa lastimada alma que Axel poseía.

—Axel, creo que... —trató de encontrar las palabras adecuadas para hacer lo correcto, aún si eso, la despedazaba fatalmente —... Creo que estas malinterpretando las cosas —la sensación de calor desvaneciéndose le hizo pensar que se había alejado de pronto de su lado, dejándole instalada una fría lapida de indiferencia, pero debía y tenía que continuar. Clavó sus uñas en la suavidad de su piel para darse valor y callar. No podía hacerlo, de ninguna manera lo orillaría a enfrentar junto a ella ese lúgubre futuro que la marcaba. De su boca no podía salir la verdad, su tiempo había pasado y para su infortunio ya era demasiado tarde—. Yo no vine a la ciudad esperando encontrarte —mintió.

—¿¡Entonces por qué estás aquí!? —exigió conocer tan bruscamente

que le erizó los vellos de la nuca, deseando adherirse con esa muralla de concreto que detenía su huida.

—Valeria es amiga mía —bajó el rostro para no tener que seguir soportando la ira en ese peligroso torbellino que era la mirada de Axel—. Es por ella por quien estoy aquí, así que... —confesó a medias, aspiró aire y concluyó sin titubear dispuesta a marcharse—. ... El que tú y yo nos hayamos encontrado fue mera coincidencia, solo eso.

—¡Mientes! —lanzó con enfado, tomando a la castaña del antebrazo deteniendo sus intenciones de irse. Oprimió con fuerza la blanca piel que sostenía entre sus manos y dando un gran impulso la arrojó contra la pared para retenerla consigo—. ¡Sé que mientes, Elisa! —estuvo a punto de volver a tocarla, al menos si no fuese porque alguien lo lanzó fuera del alcance de la chica, lo hubiese logrado.

—Elisa, ¿estás bien? —le argumentó Isaac, preocupado del estado tan caótico en el que ese tipo la había colocado. La sujetó de los hombros tratando de tranquilizarla pero era inútil. Un sinfín de maldiciones salieron disparadas de su boca al verla de esa forma, no pudiendo evitar sentirse culpable por haberla dejado a su suerte. Tenía que sacarla de esa casa cuanto antes, de lo contrario, corría el riesgo de exponerla y en su situación era demasiado peligroso.

—¿¡Quién demonios eres tú!? — lanzó con la rabia que sentía le haría pedazos la razón con solo ver a ese hombre protegiendo a la joven de su ataque. Su cerebro trabajó a velocidades inconcebibles, llegando a la dolorosa conclusión de que era ese sujeto quien había tomado su puesto en la vida de Elisa, sacándolo a él definitivamente. Todas las palabras, todos los momentos que habían compartido juntos habían sido una mentira más. Un absurdo espejismo que había tratado de mantener vivo durante estos diez largos años en que había deseado verle aparecer. Arrastró una mano por sus cabellos

intentando hallar calma. Sonrió con burla y altivez hacia su persona sin importar que tanto la castaña como ese desconocido lo tacharan por un demente, aunque recapacitando en sus actos, solo un completo chiflado aguardaría por tantos años el retorno de una niña que en cuestión de días había conseguido cautivarlo. Había sido tan imbécil que aún ahora y siendo él testigo, le era difícil creer que esa mujer por quien habían sido todos y cada uno de sus pensamientos los últimos años, sí hubiese podido continuar su camino a diferencia suya.

—Vamos, creo que ya no tenemos nada que hacer aquí —le dijo Isaac con irritación, aferrando la mano de Elisa para poder guiarla a la salida, seguidos muy de cerca por la vista fulminante de Axel. Estaban por cruzar el sendero que los alejaría de los jardines cuando la aniquilante voz del chico, destruyó la poca esperanza que aún latía vivaz dentro de su pecho.

—¡Espero verte en mí boda, Elisa! —escupió con resentimiento, deseando por un segundo herirla tan terriblemente como él lo estaba. La avistó girar su rostro tras la invitación que le había hecho, dejando que el vacío de sus frías pupilas se impregnara con el deprimente deslizar de aquella última lágrima.

Permaneció oculta entre los rosales unos cuantos minutos más, tiempo que le tomó a su prometido desahogar su frustración e impotencia tras lo que había oído. Cuando Axel decidió retirarse, fue que pudo salir de su escondite, alcanzando a observar los moretones y cortaduras que despedazaban sus manos tras golpear infinidad de veces las gigantescas paredes de cemento. Avanzó entre la verde vegetación, recordando el rotundo fracaso en lo que se había convertido el que se suponía sería uno de los días más felices de su vida. Miró el hermoso anillo que adornaba su miembro izquierdo, ni siquiera su belleza suplía lo que hoy había perdido. Negó lentamente con su cabeza, haciendo que su delicado peinado se viniera abajo. Estaba en un error, ella en

definitiva no había perdido nada, porque nunca lo había tenido. Cogió el brillante objeto que sobresalía entre el césped y restos de hojas secas, sintiéndose confundida con la decisión que tenía que tomar.

—Así que se trataba de Axel —abrió su puño, permitiendo que el crucifijo que tantas veces había visto, se figurara una vez más en lo recóndito de sus orbes cobrizos—. Tú eres de quien Elisa, siempre me hablaba —mencionó Valeria con congoja. Recordó la forma en que había conocido a la castaña mientras realizaba sus estudios en el extranjero, convirtiéndose en una de sus mejores amigas—. Eres a quien ella deseaba volver a ver todo este tiempo —elevó su mirar hacia ese cielo estrellado, no creyendo lo cruel que podía llegar a ser el destino después de pensar en la verdad que Elisa ocultaba tras esa mentira que alejaría a Axel de su lado. Capturó el crucifijo entre sus dedos, consciente de que en sí, estaba la posibilidad de brindar felicidad a otros aún a costa de la propia—. Tú eras ese chico, ese del que ella se enamoró cuando era una niña —lo había dicho, aunque no significaba que él la hubiese escuchado.

Una tras otra, las semanas se habían desvanecido de la misma manera en la que las doradas hojas de los árboles caían presas de la llegada del otoño. El pesado aroma a incienso y ceras quemadas llegó hasta él de forma desagradable, siendo compensado por ese otro con olor a lirios y jazmines. La ceremonia se efectuaría dentro de pocos minutos en donde prácticamente todo estaba dispuesto, solo tendría que salir de esa habitación que le habían asignado para prepararse y todo habría terminado. El repicar de la puerta le hizo sospechar que el momento había llegado. Recorrió con tedio el pequeño

trayecto y tomando la metálica perilla, le dio la bienvenida a esos penetrante orbes azules.

—¿Quién eres? —requirió malhumorado, no pasando por alto el rostro de ese hombre el cual le era extrañamente familiar. A su mente vino la fiesta de compromiso y su encuentro con la castaña, sin olvidar que era ese hombre el que había estado junto a Elisa durante el anuncio de su boda. Sus ojos se abrieron al recordar un detalle que había pasado por alto, algo tan importante y transcendental que si hubiese puesta mayor atención, hace mucho que habría mandado todo al diablo—. No es posible... —alcanzó a decir con asombro alejándose cada vez más y más de la puerta. Esa noche estaba tan molesto que le había restado importancia, pero no podía estar equivocado. Ese individuo que estaba enfrente de él, era el mismo tipo con quien había chocado ese día en el parque de cerezos, ese que había dejado caer un bastón de invidente durante el percance.

—Creo que ya empiezas a entenderlo, ¿no es así, Axel Bennett? —consultó Isaac al ver el desconcierto en su semblante.

Estaba en lo correcto, ahora era cuando comprendía esa sensación que encarecidamente detenía sus pasos impidiéndole partir. Elisa pese a todo, y después de diez años había cumplido su promesa, había vuelto ese último día de agosto.

—Antes de que hagas o tomes cualquier decisión, es justo que estés al tanto de la verdad —finiquitó con serenidad, cerrando la puerta tras de sí, impidiendo que los oídos externos escucharan el secreto que Axel necesitaba conocer.

El resonar de las campanas anunciaba que la hora se había cumplido. El largo pasillo estaba decorado por enormes adornos florales que combinaban a la perfección con el alfombrado de rosas blancas que pronto recibirían a la bella novia una vez hiciera acto de presencia para su recorrido hasta el altar. Observó a sus padres y esas expresiones llenas de aprobación y deseos de ver en lo que se convertiría su vida de ahora en adelante. Rodó sus ojos con notorio hastío e irritación. Continuó hasta ver a su hermano mayor. Los dos eran semejantes con excepción de esa mirada tan carente de vida que transmitía sin mucho esfuerzo y a la que parecía haberse acostumbrado finalmente después de tanta infelicidad. La nada, eran las palabras más apropiadas para calificar lo que en el interior de su hermano aguardaba. Desvió su vista de la de Max, al percatarse de que era analizado. Ambos pensaban en exactamente lo mismo.

—*A diferencia tuya, yo sí estaré con la mujer que amo.* Ante ese pensamiento la buscó con inquietud entre las personas que aún entraban presurosas al recinto, con la esperanza de que Elisa asistiera, no obstante, el sonido de la orquesta y su interpretación de la marcha nupcial, evaporaron en el aire su deseo de volver a verla. Sacó de su bolsillo el crucifijo que la pequeña castaña le hubiese entregado en un pasado demasiado lejano, el mismo que siempre mantuvo a su lado. Ese del que no había podido deshacerse por más que su orgullo se lo exigió a gritos.

Una dulce y sencilla sonrisa se esbozó sobre sus labios al ver a Axel con ese otro colgante que a completaba el que Elisa había dejado caer, topándose de frente con ese escudo de indiferencia que al verse descubierto, contrajo su puño impidiéndole seguir espiando. Valeria contra Axel. El pasado contra el presente se enfrentó de pronto en una batalla silenciosa y a muerte, una lucha en donde solo el mejor saldría a flote. Solo fueron unos segundos pero para ellos fueron horas exhaustivas. Descendió con cierto

agrado la mirada al aceptar lo que dentro de ese mundo de tinieblas y soledad habitaba. Ahora que lo había visto por sí misma, podía tomar su decisión.

—Yo no me ca...

—Ella es el ser máspreciado para ti, ¿verdad? —se oyó decir con una amarga alegría en cuánto pusiera el primer pie sobre el altar. Dejó a un lado el exquisito ramo que sostenía y ante el desconcierto de todos los presentes, sujetó la cadena que Axel ocultaba entre sus dedos y sin agregar nada más, la plantó alrededor de su cuello.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó sin entender.

-Porque es lo correcto —afirmó sonriente mientras depositaba ese segundo crucifijo. Ya no tenía dudas, dentro de toda esa horrible oscuridad en la que se recluía Axel, Elisa se había convertido en la luz que le mostraba lo bella que podía llegar a ser la vida aún entre las sombras—. Será mejor que se lo entregues, te aseguro que ella lo está esperando. A partir de ahora, eres libre, Axel —unos cálidos brazos rodearon su cuerpo en señal de gratitud, reafirmadas en esas palabras que el joven le había susurrado al oído para salir presuroso por los pasillos de la iglesia.

—Nunca olvidaré lo que acabas de hacer.

Los rayos de sol comenzaban a ocultarse, recibiendo célebremente la aparición de esos diminutos objetos luminosos que uno a uno empezaban a forjarse sobre ese inmenso lienzo con color a noche. Avanzó anhelante todo el trayecto que le separaba del árbol de *sakuras*, convencido de que ella estaría ahí tal y como cuando era niña. Se sujetó de uno de los troncos, intentando recuperar el aliento perdido después de recorrer más de quince calles enteras. Viéndose recompensado con aquella imagen que podría

confundirse con los mágicos relatos de los cuentos de hadas. La observó en calma suspender en el aire una de sus delicadas manos, esperanzada de poder tocar alguno de los tersos pétalos que permanecieran con vida tras el cruel otoño.

—Se han ido —emitió con pesar, aproximando a su pecho aquel único y marchito pétalo de cerezo que tras ser tocado por la brisa del siguiente invierno, se había rendido para darle paso a los que dentro de algunos meses nacerían—. Mis queridos copos de nieve se han ido —lo alejó de su amparo y aún con desconsuelo lo dejó en libertad, concediéndole el derecho de surcar aquel cielo infinito que para sus ojos estaba prohibido vislumbrar.

—Solo a un ser tan extraño como tú, le dolería la partida de las flores de cerezo —atinó a decirle en tono divertido sacándola así de sus pensamientos.

—¿Axel? —lo convocó con el desconcierto de que se encontrara justamente ahí, y no frente al altar celebrando su matrimonio como se suponía debería estarlo.

—¿Esperabas a alguien más? —formuló impasible—. Lo sé todo, Elisa... —la encaró decidido, acercándose hasta la joven mujer que irreflexiva había protegido su corazón al oírlo—. Sé la razón del por qué no pudiste regresar —confesó con tranquilidad al tiempo en que tocaba su pálida cara y la lluvia de recuerdos caía sobre ellos. Aún mantenía muy claras todas y cada una de las cosas que Isaac le había contado, costándole trabajo reponerse del fuerte impacto que la noticia le ocasionó. Esa pequeña niña que tanta paz le había brindado y con quien compartió tantos momentos en la dulce soledad, padecía de una enfermedad cardíaca de tipo congénita. De acuerdo a lo dicho por el amigo de Elisa, su familia e incluso la misma joven siempre fueron partícipes de su existencia. Fue por ese motivo, por el que se la llevaron al extranjero en busca de más opciones que prolongaran su

periodo de vida, siendo la principal razón del por qué se había ido tan repentinamente aquel día sin dar explicaciones de ningún tipo.

—*Ella sufrió un infarto en la fecha que ustedes pactaron volver a verse.*

A partir de entonces su salud se vio deteriorada, empeorando con el pasar de los siguientes meses. Resistió recluida en hospitales bajo la estricta vigilancia de los más prestigiosos médicos del país, sin embargo, cada uno de ellos concordaba al decir que esto era el inicio de una madeja que no tardaría mucho en desaparecer.

—*En diez años, Elisa ha sufrido de tres episodios cardiacos.*

Cada ataque había sido más terrible que el anterior, dejando a los doctores sin más armas para combatir su enfermedad. Ya no había nada más que ellos pudieran hacer, solo era cuestión de esperar lo inevitable.

—*La mayor parte de su corazón ha muerto y su tiempo se ha vuelto indefinido.*

Su cabeza se movía de un lado a otro en forma negativa, no pudiendo creer que Isaac le hubiese revelado su secreto a Axel. Retiró el tacto que él le ofrecía, retrocediendo unos pasos en su intento por apartarse de su lado.

—¡Déjame sola! —pidió a sus espaldas, esforzándose por retener sus lágrimas.

—¡Quiero estar contigo!, ¿es tan difícil de entender? — atrapó su hombro, haciéndola girarse para que lo escuchara claramente.

—¡Eres tú el que no entiende! —Le dijo agobiada, animándose a recorrer ese imponente rostro que el chico poseía—. Ya no tengo tiempo, Axel —una vez concluyera, liberó una ligera risa de alivio seguida por un doloroso llanto. Encubriendo su boca en su deseo de hundir sus sollozos en el fondo de su garganta—. ¡No cuento con un futuro que ofrecerte!, ¡no tengo nada! —dejó que el peso de sus piernas cedieran a la gravedad haciéndola

caer duramente, no contando con más fuerzas para reprimir su desconsuelo. El ruido de otro cuerpo cayendo cerca del suyo la hizo reaccionar. Axel había caído de rodillas a su lado, quien tomándola por sorpresa, se abrazó a ella, descartando la idea de soltarla. Esta vez las cosas serían diferentes, esta vez sí se aferraría a ella hasta el último momento.

—No importa si solo son días o años... —musitó con toda la franqueza que alguien como él podía tener, distinguiendo como sus pequeñas manos de niña se aprisionaban fuertemente de sus ropas después de oírlo hablar —... Eres todo el futuro que necesito, Elisa —sacó del interior de su bolsillo sin destruir la unión que mantenían, ese hermoso crucifijo con el que habían hecho una promesa hace diez años y con el que al igual que en aquel entonces, juraría por hoy y siempre, el intenso amor que sentía por ella—. Te prometo que estaremos juntos —juró con firmeza mientras le colocaba la cruz que él también portaba sobre su pecho y las que a partir de ese instante, jamás volverían a estar separadas una de la otra.

EPÍLOGO

El abatir de los cerezos lo trajo de regreso a la realidad, contemplando gratamente el danzar de aquellos pétalos que con el pasar del tiempo, habían sido sus más fieles confidentes, ya que solo ellos presenciaron su historia, su lucha y su espera.

El leve jaloneo de su saco lo hizo bajar la vista ante la personita que tan insistente trataba de atraer su atención, no pudiendo evitar perderse una vez más en la pureza de aquellos esplendidos ojos color chocolate. La analizó con detenimiento, estudiando cada detalle, cada sonrisa, cada simple facción afectuosa que realizaba ese tierno rostro de niña pequeña. Acarició sus castaños y largos cabellos, disfrutando del como desprendían delicados resplandores gracias a los brillantes rayos de sol que adornaban ese día de agosto. Cogió el crucifijo que reposaba alrededor de su cuello, embargándole de golpe una indescriptible emoción de felicidad.

—*Serás tú, quien cuide de el hasta mi regreso.*

La evocó una vez más.

Se inclinó sobre sus piernas bajo la sombra del enorme y añejo árbol de *sakuras*, pronunciando en incontables oraciones, el nombre de la persona que le había orillado a visitar esos territorios tan mágicos. Rozó con suma ternura la dorada placa de metal que prendía de la madera rugosa, y dibujándolo en el aire, enunció dentro de su mente el nombre escrito en una pulcra y perfecta caligrafía. *Elisa Bennett (1980-2002).*

—Te echo mucho de menos —colocó en la tierra el maravilloso ramo

de flores de cerezo que cargaba entre sus brazos. Ella de alguna forma, escuchaba todo lo que tenía que decirle—. ¿Lo recuerdas? —le dijo con aquel radiante mirar velado por el destello de las lágrimas que retenía entre sus parpados—. Hoy cumpla diez años, ¿no te alegras, mamá? —así era, ella había venido al mundo un último día de agosto, el mismo día en que tristemente también su querida madre se marchó para otorgarle la oportunidad de nacer. Teniendo como único recuerdo, el crucifijo que le habían obsequiado tanto ella como su padre, un regalo que cuidaba como un tesoro incalculable—. No sabía que te gustaran tanto los cerezos —indicó en forma risueña haciendo un esfuerzo por contener la risa después de ponerse de pie y mirar con sus propios ojos, como el alto hombre que la acompañaba intentaba fervientemente capturar los rosados botones que tras la pronta aparición del otoño, caían del resguardo de sus fuertes ramas.

—En realidad no es eso. Me gusta imaginar que son copos de nieve —contestó con nostálgica alegría, como si fuese la opción más obvia a la infante que meditaba su respuesta.

—Papá, eres extraño —rebató con una sonrisa esplendorosa en sus sonrosados labios.

—Mira quien lo dice —contraatacó a su hija, metiendo sus manos a sus bolsillos con la intención de retirarse—. Vamos Elizabeth, ha llegado la hora de irnos.

Caminó solo unos pasos, dejando que su hija continuara avanzando y así poder estudiar el impresionante parecido que tenía con su madre cuando la conoció. Pese a que Elisa se había ido hace muchos años, una parte muy importante de ella había logrado quedarse consigo. Elizabeth era la persona a la que más amaba, a quien más protegería. Volteó su cabeza, no pudiendo evitar la sensación de mirar hacia ese lugar que guardaba en sus entrañas, las cenizas de esa gran mujer que el destino le permitió conocer.

—Cuando era joven deambulaba solo entre las sombras, pero aún si fue en la oscuridad, solo tú tuviste el valor para guiarme entre las tinieblas — murmuró con anhelo, pareciéndole verla de pie en el hermoso árbol de cerezos—. Hasta pronto, mi querida Elisa —se despidió una vez más como cada vez que visitaba aquel parque que poseía su más pura esencia. Esa niña ciega había sido ese diminuto rayo de esperanza que se coló en su vida, la misma niña a la que quiso, la mujer a la que amó y el ser al que esperaría como cada año, como cada último día de agosto. Después de todo, al igual que esos extraños y rosados copos de nieve que tanto había adorado, ella regresaría. Siempre, siempre regresaría.